

SOBRE EDICIONES Y TRADUCCIONES. A PROPÓSITO
DE *LAS MUJERES ILLUSTRES EN ROMANCE*
DE BOCCACCIO (1494)

Josep Lluís Canet

Universitat de València

Abstract: Réflexion sur la nécessité d'étudier et comparer les traductions et rééditions des œuvres latines classiques et humanistes pour mieux comprendre l'évolution des mentalités et des différentes disciplines littéraires, philosophiques, etc., à partir de la traduction à l'espagnol du *De claris mulieribus* de Boccaccio, imprimée à Saragosse en 1494.

QUISIERA realizar una reflexión sobre los textos latinos y su transmisión a través de los años, así como una propuesta (por supuesto subjetiva) de cómo podría encauzarse la investigación en un mundo en el que las "humanidades" parecen estar condenadas al ostracismo. Partiré desde mis elucubraciones al editar un texto humanista medieval, el *De claris mulieribus* de Boccaccio en su traducción al castellano, publicado en Zaragoza por Paulo Hurus en 1494.¹

Para los investigadores en humanidades, y sobre todo para aquellos que trabajan en períodos lejanos (épocas medievales, renacentistas o del Barroco), es prácticamente imprescindible el conocimiento de los textos escritos en latín, tanto los procedentes de la época dorada del Imperio romano, como los escritos por los intelectuales europeos durante muchos siglos. Y es que la cultura denominada "oficial" utilizaba el latín como lengua científica y de comunicación, que traspasaba las fronteras de sus lenguas romances, y encontraba en ella el nombre justo para la expresión de cualquier rama del saber. Con la aparición de la imprenta, el latín gozó de su época de mayor difusión, pues la mayoría de las imprentas radicadas en París, Lyon, Amberes, Maguncia, Venecia, Roma, Madrid, Valencia, etc., tenían perfectamente asimilado el sistema de mercado basado en la oferta y la demanda; eran plenamente conscientes de que una edición de 1.500 ejemplares (las tiradas normales en el siglo XVI oscilaban entre 750 a 1.500 ejemplares, siendo extraordinario realizar tiradas superiores) era mucho más fácil de distribuir en toda Europa que en su país de origen. Pero para poder llegar a una distribución del libro en un mercado amplio era necesario utilizar la lengua "universal", de la cual dotó Italia a las otras regiones del mundo, según el parecer del

¹ Edición electrónica en <http://www.uv.es/~lemir/textos/Boccaccio.html>.

propio Boccaccio y de los humanistas italianos, cuando señalaban que Nicóstrata (o Carmenta) fue la importadora del abecedario de la Arcadia a Italia, y que:

Sua enim gratia factum est ut, novis ab ea adventis caracteribus secundum ytalicum ydioma, earum coniunctiones edoceret, (...) Quas nos in hodiernum usque latinas dicimus eiusque tenemus munere; dato aliquas, et oportune, quidam sapientes addiderint, nulla ex veteribus amota.²

Y esta fue la gran baza de los humanistas, como declaró Lorenzo Valla en sus *Dialecticae disputationes* al apuntar que la máxima preocupación del filósofo, teólogo y hombre de ciencia debería ser la de adquirir y usar un lenguaje claro e inteligible, que pueda servir de fundamento a una discusión y posible inteligencia común. Los humanistas, pues, revitalizaron el latín partiendo de los principios de Quintiliano en su *Institutio Oratoria* (L. I, c. VI), según el cual "la lengua se funda sobre la razón, la antigüedad, la autoridad y la costumbre. La razón halla su apoyo principal en la analogía y ocasionalmente en la etimología...". La lengua tendría, pues, una estructura objetiva, sancionada por las *auctoritas* y manifestada en la praxis del uso diario, de manera similar a la moneda. Las normas del uso concreto de la lengua se basaban, según Quintiliano, en "el consenso de los hombres cultos", de la misma manera que las normas éticas de la vida moral se apoyaban "en el consenso de los hombres buenos".

No es mi intención aquí volver a replantear viejas polémicas entre diferentes escuelas filosóficas y metodológicas, pero sí quizá retomar alguno de aquellos aspectos que podrían transplantarse perfectamente a nuestra sociedad. Para nosotros está claro que la lengua "cultural" europea fue durante mucho tiempo el latín, y que los humanistas intentaron depurarla de "ciertos vocablos nuevos que se inventaron para la perdición de sus adversarios, después de abandonar la manera usual de hablar de los antiguos", según el decir de Lorenzo Valla. Dichos neologismos eran inaceptables por no proceder de la fuente *autorizada* de donde dimana la lengua, es decir "el uso de los hombres, que es el autor de las palabras (*hominum usum, qui verborum est auctor*)". Pero ello trajo consigo el florecimiento de las lenguas vulgares, puesto que su lengua *neoclásica* también se hizo cada vez más incomprensible para la mayoría de la población universitaria, quienes muchas veces se veían incapaces de utilizar el latín ciceroniano para expresar los rápidos avances tecnológicos. A ello habría que añadir la necesidad de culturizar a una nobleza y burguesía que no sabían el latín, y de ahí la aparición de numerosas traducciones en lengua vulgar de obras morales y educativas, pero sobre todo de textos literarios y obras piadosas. Por tanto, la imposición de la rigidez en la "norma" y "habla" trajo como contrapartida la progresiva desaparición del modelo, y el rechazo cada vez mayor de la propia sociedad que ven en su uso una constricción comunicativa, hasta llegar al momento actual en el que no se llega a vislumbrar la necesidad de su aprendizaje, aunque sea a niveles básicos de comprensión de los textos escritos.

Para el investigador actual, es muy fácil encontrar los textos de los autores de la latinidad clásica y de los grandes humanistas europeos. La Filología latina desde fines del siglo XIX ha realizado una grandísima labor de edición de los textos clásicos, buscando entre miles y miles de manuscritos las versiones ideales, depurando impurezas y añadidos de los amanuenses. Sin embargo, pienso que estamos en el momento de pasar a la fase de la transmisión de los textos, ello claro está si se quiere

² Boccaccio, *De mulieribus claris*, ed. de Vittorio Zaccaria, en Vittore Branca, *Tutte le opere di Giovanni Boccaccio*, vol. 10, Arnoldo Mondadori Editori, 1967, p. 114.

profundizar mucho más en la investigación de cualquier período, pero sobre todo para que la labor realizada por los compañeros de las lenguas clásicas sea reconocida por una amplia mayoría de profesionales de otras ramas del saber. Pondré algunos ejemplos: si alguien quisiera analizar la problemática de la difusión de los textos aristotélicos en la universidad de París y se pusiera a contrastar las opiniones de Santo Tomás, San Alberto, Abelardo, etc. con los textos depurados del Estagirita, posiblemente llegara a conclusiones erróneas, puesto que dichos autores utilizaban los textos aristotélicos traducidos por Boecio, con un gran número de desviaciones sobre el denominado "texto ideal", que es al que se puede acceder fácilmente hoy en día. Algo similar ocurre cuando analizamos la influencia del texto escolar por excelencia hasta el siglo xx: la *Eneida* de Virgilio, con infinitud de ediciones diferentes, eso sin contar con los miles de comentarios realizados por innumerables profesores de gramática y retórica, siendo para el investigador actual más importante dichos comentarios realizados por los editores, profesores, humanistas, etc. que el propio texto en sí.

Tampoco deberemos despreciar las ediciones y traducciones realizadas durante un período determinado de un texto clásico; traducciones que proliferan sobre todo a partir del nacimiento de la imprenta. La transmisión de cualquier texto nos puede dar a los investigadores claves de comprensión en la evolución de las mentalidades, como intentaré demostrar con la versión al castellano del texto boccacciano.

Por ejemplo, ya que estamos refiriéndonos a las glorias de las letras latinas, comentadas por Boccaccio a lo largo del cap. XXVII dedicado a Nicóstrata (XXV en la edición española), el traductor español no puede dejar de añadir unos comentarios de su parte, rectificando las propuestas del autor italiano, quien se había mostrado en exceso nacionalista (o como diríamos hoy "chauvinista"):

Mas demos logar al Bocacio y consintamos que robe, como suelen griegos y latinos robar las glorias ajenas, ¿podráme negar que el alemán es principal agora en poner adelante las letras, que ha inventado el maravilloso artificio de la emprenta, por medio del qual corren por todo el mundo los rayos de las discretas sciencias; sueñan los nombres de los que algo scrivieron; buelven a la vida inmortal de la fama los dignos de memoria? Y el mismo Bocacio, si la emprenta no fuera, dormiera quiçá en su Ytalia, y agora por medio del magnífico miçer Paulo Hurus se despierta su nombre en la España, y falla manera de andar por más bocas que nunca andoviera (Cap. XXV, fol. 33r)

Está claro que la imprenta, ya desde su nacimiento, ha significado una revolución mayor si cabe a la de la creación del alfabeto latino, puesto que es capaz de difundir los manuscritos que antiguamente reposaban en los conventos o en las casas nobiliarias, haciendo posible uno de los afanes de la intelectualidad: la difusión del saber, retomando así uno de los principios de la filosofía medieval de que el saber no comunicado es estéril. Pero sobre todo será la Iglesia la que primero apreció sus ventajas al poder distribuir entre todo el Sacro Imperio Romano un único texto: la Biblia, depurada por los intelectuales a su servicio; también será la Iglesia la que más utilizó sus servicios en todo el período de los "Incunables", imprimiendo miles de breviarios, actas conciliares, bulas, cánones, homilias, etc., y cómo no los textos patrísticos, punto de vista del que participa plenamente el traductor español. También será la imprenta la principal difusora de las obras morales y de los textos docentes y universitarios, dentro de los cuales podríamos incluir esta edición zaragozana de 1494, ayudando en ello a la amplia difusión europea de los textos de los primeros humanistas (Petrarca, Boccaccio, Valla, etc.).

Pero además el traductor español, que omite por completo su nombre, se permite ponderar las glorias nacionales españolas mucho más allá de lo que había hecho Boccaccio en alabanza de las hazañas italianas, pues se sirve de la gradación de los principios cristianos para forzar su sistema argumentativo, haciendo superior las obras de virtud a las propiamente científicas o de la fama, mucho más de acorde con la reforma religiosa que se estaba produciendo por aquellos tiempos (encabezada por Cisneros en Alcalá, y en Zaragoza, lugar de publicación de la traducción boccacciana, por el Arzobispo de Zaragoza, Alfonso de Aragón, hijo natural de Fernando el Católico, y su círculo, entre los que contamos a Gaspar Barrachina, su secretario, al humanista Alfonso Segura y al poeta Juan Sobrarías; al igual que Cisneros, Alfonso de Aragón está muy interesado por el lulismo y mantiene correspondencia directa con el círculo humanístico de París). Y así nos dirá el traductor:

Sé que no me negarán ni griegos ni romanos, ni ahun alemanes, que la verdadera gloria de la fama no a las palabras, mucho menos a las letras, mas a las obras se deve, pues de obras de virtud ¿quién levó la ventaja a todos los césares, a todos los augustos, a todos los más ciertos dioses de Roma? Digo más ciertos, siguiendo al Valerio Máximo, que nuestro maravilloso Trajano, de quien y en cuyo loor no en España mas dentro en el Capitolio de Roma, ante el Senado y padres conscriptos, ante los cavalleros y pueblo de Roma, en escogiendo alguno en emperador le davan aquella pública, justa y desseada bendición que dezía: "Seas mas venturoso que el César Octaviano y mejor que el César Trajano", en que manifesto nos otorga y reconoce el Senado que el mejor de los emperadores Trajano fue. Trajano digo, Trajano el nuestro. E si dixiere alguno, "Mas fue gentil y pagano, y por ende ninguna gloria del cielo le alcança". Ahí digo yo que le acabáys de ensalçar, que fasta aquí loávale yo entre paganos y agora es forçado loarle por lo que fizo Gregorio de sancto cristiano, porque no sólo entre gentiles mas entre christianos lieve sobre todos el prez de los príncipes de Roma. Y a juyzio del mismo romano Gregorio, mas del mismo Padre Sancto y príncipe de la Yglesia Sancta Cathólica, que no pudo ni supo hallar entre todos sus romanos otro digno de sacar del infierno y de ganarle la eterna gloria, sino al bienaventurado Trajano, nuestro español. (Cap. XXV, f. 33r)

Otro de los aspectos que trajo consigo la revolución de la imprenta fue el de la crítica literaria, al tener acceso la mayoría de los intelectuales a una gran multitud de textos que antes desconocían o tenían que consultar en bibliotecas de no fácil acceso. Así pues, el traductor de Boccaccio, que se considera un humanista, se permite puntualizar en multitud de ocasiones las referencias textuales incorporadas por el autor italiano, otras veces completarlas, en un intento de superar el texto anterior mediante sus propios conocimientos. Por ejemplo, en el cap. II, dedicado a la reina Semíramis, Boccaccio, después de ensalzar todas las hazañas de esta ilustre reina de los asirios, la critica moralmente por sus descarriados deseos libidinosos, llegando incluso al pecado nefando con su hijo. El traductor español, si bien acepta la mayor parte de la información compilada por el autor italiano, sin embargo intenta ser más ecuánime al introducir otros puntos de vista de diferentes escritores e historiadores:

No la pintan ni por tan deshonesto ni por tan embuelta en vicios tan crudos y feos como el Bocacio algunos famosos y más ciertos auctores, antes los más dellos dizen que todos sus amores y deshonestos crimines que con el fijo acometió nascieron de un honesto y constante amor que a su marido, el rey Nino, tovo. Ca porque de la tan casta memoria del tan amado marido sus desseos y amores apartar no podía y el fijo parecía al padre más que hombre podiesse a otro parecer, tomóle cobdicia como a un traslado tan vivo del finado marido suyo [para] tenerle presente

y mucho cabe sí; y de la mucha continuación de le abraçar y besar y contemplar las faciones y gesto de aquél por la delectable memoria que del marido le rezentava, hovo de caher en desseo de mezclarse con él, y a la postre casarse, que fue lo [fol. 8r] peor. Y assí, del honesto amor del marido en el tan deshonesto del fijo cayda, por cubrir siquier la tanta fealdad de su crimen, osó establecer aquella ley espantosa en que se dava licencia de casar las fijas con los padres, y lo que es más contra ley: los fijos con las madres, cuya perversa y nefanda costumbre fasta la sancta venida del eterno príncipe Christo Nuestro Señor remediar no se pudo, como fasta el mismo pagano Bardesanes, el de Soria, el Eusebio escribe que lo atestigua. (Cap. II, f. 7v)

De vez en cuando se permite el lujo de rectificar las palabras del autor italiano con claras anotaciones de crítica textual, caso del capítulo VIII dedicado a la diosa Isis, a la cual Boccaccio atribuye un origen griego, y el comentador español lo corrige mediante una cita de autoridad cristiana:

...Ysis, que según algunos pensaron no de Grecia, como el Bocacio y otros escriben, mas de la Ethiopia [fol. 15v] al Egypto vino (assí lo reza el mismo Augustino, *De la cibdad de Dios*, en el décimo octavo libro, capítulo tercero)... (Cap. VIII, f. 15v)

Otras veces, cuando Boccaccio se maravilla del ensalzamiento en que pusieron algunos pueblos antiguos a alguna mujer, como por ejemplo cuando glorifica a Opis (o Rea):

Mirabile profecto fortune ludibirum, seu potius cecitas hominum, an, velimus dicere, fraus et decipula demonum, quorum opere actum est ut femina, longis agitata laboribus, demum anus mortua et in cinerem versa et apud inferos alligata, et dea credetur et in tam grande evum fere ab universo orbe divinis honoraretur obsequiis (Cap. III, p. 40)

el traductor español se permite replicarle directamente, insistiendo que era algo usual en aquellos tiempos:

No fue gran maravilla que en tiempos tan errados como los de entonce fueron, a la madre del más adorado de todos los tres Joves, que fue Júpiter, el de Candia y fija del Cielo y de la Tierra, según los engaños de entonce, fiziesse sacrificios, que a otras mucho menores y aún peores, que fueron Venus, Medea y otras, leemos que se fizieron. Mas fue de maravilla mayor que fasta en los romanos y fasta en el pueblo escogido por Dios, que fueron los hebreos, llegasse tal engaño del pueblo de Dios. Por Ezechiel se atestigua que vido las matronas de Jerusalem estar llamentando sobre el Adonides, que fue tan amado por la madre de los dioses, o por Venus según otros. Y cuéntale Dios por más grave yerro quel adorar del ydolo de Bahal, que stava en el templo, y ahun quel adorar de los topos, morciégalos y otros dioses más viles que los hebreos adoraron, como el Ysayas lo escribe y el Ezechiel mucho más. (Cap. III, f. 8r)

Pero sobre todo sus intervenciones serán mucho más duras cuando ataque los planteamientos morales boccaccianos, incorporando en ellos su visión cristiana coincidente con la de las órdenes mendicantes, al afirmar que es mucho más de loar esta reina que las otras citadas en los capítulos anteriores porque:

Ni fallo por qué deva más loar el Bocacio a la Reyna Semíramis por aver conquistado grandes Reynos y tierras que a la Reyna de Candia, Opis o Rhea, mujer de Satur-

no, por aver de muerte librado, no digo sus fijos, mas tan grandes tres reyes, como fueron Plutón, Neptuno y Júpiter. Antes yo tengo por más segura y santa opinión el dever más loar a los que guardan las vidas que a los que las quitan, pues como el conquistar y vencer sin muertes fazer no se pueda, y el engendrar y el criar no sirva salvo para el vivir, queda que la que crió y guardó las vidas de tales fijos y reyes sea más de loar que la que dexó muchas madres sin fijos, y sin maridos muchas honestas matronas. (Cap. III, f. 8r)

Algo similar sucederá cada vez que Boccaccio se maraville de algún hecho acontecido en el mundo romano, como en el caso de Juno, en donde el traductor vuelve a insistir en sus planteamientos cristianos reformistas, al señalar que el único vencedor en toda la historia de la humanidad ha sido y es Cristo:

No se maraville, pues, el Bocacio si por luengo tiempo después de parecido Christo la pagana dea Juno fue por los romanos en el Capitolio adorada, que assí cumplía para mayor gloria y enxalçamiento de Christo (...) porque conozca a su despecho el mundo que no está en las armas [el] poder, riquezas, ni en el favor de la prosperidad, ni aun de la vida el verdadero vencer, mas en la humildad y sufrimiento magnánimo del justiciado, morir como en lo de Christo parece. (Cap. IV f. 10r)

Muchas veces se permite recriminar a los nobles grandes y poderosos, al igual que pudiera hacer cualquier predicador de la época, para que se guarden del pecado y de la mentira, cosa que Boccaccio no se permitió jamás incorporar a su texto, al menos en forma directa:

¡Guardanse los grandes, guardanse de pecar, que si en pecado cayeren no esperen poder escapar de saberse! Que si los crimines de los dioses gentiles no pudieron callarse, ¿cómo esperan ellos poder los suyos cubrirse? Fagan luego penitencia, confiessen y descubran al padre spiritual su pecado y podrán mucho antes remediar su infamia. (Cap. VIII, f. 15v)

Esta actitud religiosa nadará a lo largo de todo el libro *De las mujeres illustres en romance*, recriminando a Boccaccio sus posturas morales que ya no son ampliamente aceptadas por la propia iglesia cristiana, y de las que él es un fiel defensor. Pongamos un ejemplo. El propio Boccaccio es consciente del fin moral de su texto cuando lo dedica a la Condesa de Altavilla, al anotar en sus preliminares que escribió su libro para mostrar a aquellas mujeres que resplandecieron por algún que otro motivo para imitarlas, pero que incluso incorporó a aquéllas que brillaron deshonestamente como ejemplo negativo a no seguir:

Nec incassum, arbitrator, agitabitur lectio si, facinorum preteritarum mulierum emula, egregium animum tuum concitabis in melius. Et esto non numquam lasciva comperias immixta sacris —quod ut facerem recitandorum coegit oportunitas— ne omiseris vel horrescas; quin imo perseverans, uti viridarium intrans, eburneas manus, semotis spinarum aculeis, extendis in florem, sic, obscenis sepositis, collige laudanda....

Es la postura moral de los primeros humanistas (que se mantiene en alguno de ellos hasta el Concilio de Trento) basada en la concepción cristiana del libre albedrío y del voluntarismo agustiniano. Para dichos filósofos morales el hombre debe conocer el bien y el mal, para poder por sí mismo escoger lo mejor; pero para poder escoger es necesario conocer los extremos (estamos aún dentro del punto medio aristotélico, por

el que se rige toda la ética nicomaquea), acuñando la célebre sentencia de que "plaze mucho más a Dios aquél que conociendo el mal escoge la virtud, que aquél que no peca por desconocimiento". Sin embargo, dicha postura defendida a capa y espada por multitud de humanistas se empieza a transformar a fines del siglo xv, apareciendo claramente en manuales de confesores y de predicación el cambio de actitud hacia una moral guiada, que llegará a ser el modelo acuñado por el Concilio de Trento. Es decir, la postura de la Iglesia cambia hacia la ocultación del mal, puesto que su conocimiento puede sugerir el deseo de practicarlo o experimentarlo. De ahí que se imponga en la confesión (en la que el confesor tenía que realizar las siguientes preguntas sobre la circunstancia del pecado: "*Quis, quid, ubi, per quos, quotiens, cur, quomodo, quando*"), el no preguntar sobre ciertas circunstancias de los pecados sexuales, ya que podía incitar al penitente a practicar algunas de las posiciones consideradas como "nefandas". Dicho cambio de actitud en la moral cristiana frente a la primitiva ética humanista queda claramente plasmada por el traductor español en el capítulo 43, dedicado a Rea Ilia, a la cual también había criticado moralmente Boccaccio:

No se pueden fartar los italianos de loar sus desloadas mujeres, y ende más a Ilia, que fuera mejor callarla que ponerla tan adelante Bocacio, que a lo menos callando no toviera ni la memoria de qué se enturbiar, manzillar y escürecer, ni la péndola qué borrar. Que más es borrar que scrivir, ensuziar el papel con los nombres de las deshonestas, prophanadas y viles mujeres. Dize mal de las monjas, y póneles un espejo delante para que mirándose en él lo fagan mucho peor que no dize que lo fazen. (Cap. xxxxiij, f. 51v)

En fin, rastreando las interpolaciones del traductor español se puede perfectamente configurar la moral de los intelectuales eclesiásticos peninsulares a fines del xv, así como extraer un manual de conducta y de comportamiento de las mujeres, coincidente casi al pie de la letra con la que será la obra modelo unos años después: el de *Institutio feminae christianae* de Luis Vives.

Otras veces el traductor español hará crítica literaria, ensalzando aquellos textos que le parecen mejores, llegando a veces a introducirse en las artes filológicas y lingüísticas, tan del gusto de los grandes humanistas europeos (Erasmus, Luis Vives, etc.), como en el caso de la reina Ceres, donde ensalza el que para él es el mejor texto boccacciano:

Ceres, según el mismo Bocacio en el mejor de los libros que él fizo, que por aquél le fizieron statua en Florencia, digo el de la *Genealogia de los dioses*, fija fue de Uranio, que llamaron por lo mandar Saturno Cielo, ahuelo que fue de Júpiter... (Cap. V, f. 11v)

Pero asimismo antepone el texto bíblico a cualquier otra fuente escrita, así como la primacía de la lengua latina sobre las demás:

Empero a la verdad, la gloria del inventar la labrança yo antes la daría a Cahim, ahunque malo; según el Profeta fue el primer labrador. Consiento, pero, que ignoraron los paganos aquesto, ca ni vieron al Moysén, ni que le vieran dieran mucho por él, porque scrivió en lengua bárbara, según ellos, que el hebráyco bárbaro, confuso y imperfecto lenguaje es. Careçe de tiempos, de modos, de algunas partes de la oración, de casos en los nombres y ahun de letras, que es peor, y de las más principales que las vocales son, ca ni tiene la *o*, que es la más sonante y de más noble figura que todas las otras, ni tiene la *e*, bien que tengan aspiración que suple por ella. (Cap. V, f. 11v)

No quiero extenderme demasiado con citas que podían hacerse interminables de la edición española del *De claris mulieribus* de Boccaccio. Solamente indicar que el traductor español realiza una edición muy cuidada del texto italiano, haciendo una traducción muy esmerada, manteniendo el estilo de su autor a lo largo de todo el texto, y lo que es más importante no omitiendo prácticamente nada del manuscrito que le ha servido de fuente. Es consciente, además, de que lo que realiza es una traducción, y no una edición comentada, por lo que omite su nombre, dando la primacía a Boccaccio, único autor e intérprete que aparece a lo largo de todo el texto.

Sin embargo, aunque mantenga todas las opiniones vertidas por Boccaccio, muchas veces no participa de ellas, ya que ha pasado más de un siglo desde la composición del texto y la moral cristiana ha ido evolucionando hacia posturas más en la línea de lo que será la Contrarreforma. De ahí que el traductor no puede más que incorporar párrafos (eso sí casi siempre al final de cada capítulo) en los que se muestre la nueva moral y los nuevos modelos de comportamiento, sobre todo en lo relativo al modelo femenino, que adelanta en bastantes años los grandes manuales humanistas sobre la educación de la mujer cristiana.

Para terminar, quisiera retomar algunos puntos de vista expuestos al inicio de este artículo. Creo que la investigación actual no puede menospreciar la evolución textual a lo largo de la historia, sobre todo de aquellos textos clásicos que han sido modelos para la enseñanza o que han supuesto un hito en las diferentes disciplinas del saber. El investigador en humanidades o en la historia de la ciencia muchas veces se ve bloqueado por el desconocimiento de los textos latinos medievales y del Renacimiento, ya que los consideran pertenecientes a otra disciplina, o la mayoría de las veces porque no tienen suficientes conocimientos del latín para una lectura ágil y fluida. La demanda de traducciones se ha ido realizando a lo largo del tiempo, pero aún quedan muchísimos textos sin traducir, bien porque pertenecieron al mundo eclesiástico (y el latín ha sido la lengua oficial de la Iglesia hasta bien avanzado el siglo XX con lo que no necesitaban versiones en otras lenguas), bien porque su interés científico fue sobrepasado en poco tiempo. Sin embargo, para el investigador en humanidades se le hace imprescindible su conocimiento para un correcto análisis de la evolución de las mentalidades, e incluso para aplicarlo a las historias de cada una de las disciplinas existentes hoy en día.

Pienso, pues, que un buen servicio a la sociedad sería empezar a rescatar los textos, no ya clásicos, de los que existen múltiples ediciones y traducciones, sino los que conformaron nuestra manera de ser y de pensar durante los períodos que abarcan desde la época medieval hasta el siglo XIX. En el mundo actual en el que la información es la base de cualquier disciplina, hay aún una gran labor por hacer, y es poner en manos de los investigadores de otras disciplinas la mayor cantidad posible de textos, tanto en la lengua en la que fueron escritos como con sus traducciones y la evolución textual a lo largo de los siglos. Sólo así estaremos en condiciones de construir una ciencia de las humanidades hecha mediante las diferentes parcelas del conocimiento, no estancas y separadas entre sí, sino coordinadas mediante equipos multidisciplinarios. Un buen ejemplo de lo que queremos decir sería el proyecto *Labyrinth*, en donde se intenta recopilar en formato electrónico trabajos de investigación de diferentes universidades norteamericanas relacionados con el período medieval, en donde tienen cabida multitud de textos europeos latinos y su traducción a diferentes lenguas (muy pocos en español), junto con artículos sobre arqueología, historia, filosofía, medicina, literatura, etc.